

La Caza del Snark

Por

Lewis Carroll

Freeditorial 

Dedicado a una querida niña [Gertrude Chataway]:
en recuerdo de las horas doradas del verano
y los susurros del mar estival.

Ataviada con traje de varón, adecuado a sus varoniles
ocupaciones, esgrime con entusiasmo el azadón.

Pero le encantaría recostarse en la amistosa rodilla
y escuchar el cuento que a él le gusta contar.

Rudos espíritus abocados a vanas quimeras
e indiferentes a su impoluta vivacidad,

Decidme si consideráis que he desperdiciado
horas de mi vida vacías de todo placer.

Sigue hablando, dulce niña, y rescata del tedio corazones
que sabias conversaciones no rescatan.

Feliz aquél que posee la más tierna dicha:

¡El amor de una niña!

Alejaos, apasionados pensamientos, ¡no turbéis más mi alma!

El trabajo reclama mis desveladas noches, mis afanosos días.

Mas los radiantes recuerdos de esa soleada playa
aún hechizan mi soñadora mirada.

CANTO PRIMERO

EL DESEMBARCO

«¡Excelente lugar para el snark!», exclamó el capitán,
a la vez que desembarcaba con sumo cuidado a su tripulación:
ensortijando los cabellos de cada marinero en su dedo,
les ponía fuera del alcance de las olas.

«¡Excelente lugar para el snark!», repitió,

como si esta sola frase debiera estimular a la tripulación.

«¡Excelente lugar para el snark!, y lo digo por tercera vez.

Recordad, todo lo que os diga tres veces es siempre verdad.»

La tripulación estaba completa. Contaba con un limpiabotas,

un sombrerero que también hacía capuchas;

un abogado, a quien trajeron para que pusiera orden en sus

disputas; y un tasador, para que valorase sus pertenencias.

Un empleado de los billares, hombre de inmensa habilidad,

y que quizás se habría hecho con algo más de lo que

le correspondía de no haber sido por un banquero, contratado

con un enorme gasto, y que era quien administraba el dinero.

Un castor también había, que marcaba el paso sobre la

cubierta y que, a veces, se sentaba en la proa a hacer encaje.

A menudo les había salvado del naufragio, según explicó el

capitán, aunque ninguno de los marineros supo cómo.

Había un tipo famoso por la cantidad de cosas

que olvidó en tierra al embarcar

su paraguas, su reloj, todas sus alhajas y anillos

y la ropa que había comprado para la expedición.

Tenía cuarenta y dos baúles, todos cuidadosamente

embalados y con su nombre claramente rotulado en ellos;

pero, como omitió decir que los tenía,

todos se quedaron en la playa.

En realidad, apenas le importó la pérdida de sus ropas,

pues cuando embarcó traía puestos siete abrigos

y tres pares de botas. Lo peor de todo fue

que... ¡había olvidado completamente su nombre!

Respondía al grito de «¡eh!» o a cualquier grito fuerte,

como «¡fríame!» o «¡fría mi peluca!»

También, al de «¡como se llame!» o «¿cuál era su nombre?»,

pero especialmente a «¡como diantre se llame!»

Mientras que, para aquellos que preferían palabras más concluyentes, tenía varios nombres; por ejemplo,

sus amigos más íntimos le llamaban «velilla»

y sus enemigos «queso tostado».

«Su aspecto es desgachado y su intelecto corto»,

solía hacer notar a menudo el capitán,

«pero su valor es perfecto y, después de todo,

esto es lo que se necesita con un snark.»

Solía bromear con las hienas y les sostenía la mirada,

con un impúdico movimiento de cabeza.

Y cuentan que una vez fue a pasear, zarpa con zarpa, con un

oso, «para mantener el ánimo», según explicó.

Vino de panadero, y confesó cuando era demasiado tarde

—con lo que volvió medio loco al pobre capitán—

que sólo sabía hacer tarta nupcial, para lo cual debo decir

que ni había ni iba a haber ingredientes.

El último miembro de la tripulación necesita descripción

especial, aunque tenía un increíble aspecto de zopenco.

No tenía más que una idea, que era la del snark;

por ello el buen capitán le contrató al momento.

Vino de carnicero, pero declaró con gran seriedad,

cuando hacía una semana que el barco había zarpado,

que sólo sabía matar castores. El capitán se asustó:

vamos, que estaba demasiado aterrado para hablar.

Pero finalmente explicó, en tono trémulo

que sólo había un castor a bordo,

que era de su propiedad y tenía domesticado,

y cuya muerte deploraría profundamente.

El castor, que casualmente oyó esta observación,

protestó con lágrimas en los ojos
y dijo que ni siquiera el éxtasis de cazar el snark
podría compensar la funesta sorpresa.
Exigió enérgicamente que se transportase
al carnicero en un barco aparte.
Pero el capitán se negó a tomar tal precaución
porque no convenía al plan de la expedición.
«¡La navegación es siempre un difícil arte,
incluso con un sólo barco y una sola campana!», exclamo
el capitán, por lo que lamentaba tener que declinar
el hacerse cargo de otro más.
Lo mejor que podía hacer el castor, sin duda alguna,
era procurarse un abrigo de segunda mano a prueba de
cuchillos. Este fue el consejo del panadero. Y luego, que se
hiciera un seguro de vida en alguna compañía de renombre.
Esto sugirió el banquero y le ofreció en alquiler,
a precio módico, o en venta
dos excelentes pólizas: una contra incendios
y otra contra daños por el granizo.
Aún ahora, desde aquel triste día,
siempre que el carnicero aparecía por allí,
el castor miraba hacia el lado contrario
y se mostraba indeciblemente tímido.

CANTO SEGUNDO

EL DISCURSO DEL CAPITÁN

Al capitán todos le ponían en el alto candelero.
¡Qué porte, qué soltura y qué gracia!,

y ¡tan solemne también! Cualquiera podía ver que
era un sabio sólo con mirarle a la cara.

Había comprado un gran mapa que representaba el mar
y en el que no había vestigio de tierra;
y la tripulación se puso contentísima al ver
que era un mapa que todos podían entender.

«¿De qué sirven los polos, los ecuadores,
los trópicos, las zonas y los meridianos de Mercator?»

Así gritaba el capitán. Y la tripulación respondía:

«¡No son más que signos convencionales!»

«¡Otros mapas tienen formas, con sus islas y sus cabos!

¡Pero hemos de agradecer a nuestro valiente capitán
el habernos traído el mejor —añadían—,
uno perfecto y absolutamente en blanco!»

Esto era encantador, sin duda, pero enseguida descubrieron
que su capitán, en quien todos confiaban ciegamente,
sólo tenía una noción de cómo cruzar el Océano,
y ésta era ir tocando la campana.

Era pensativo y serio, pero las órdenes que daba
bastaban para desconcertar a toda la tripulación.

Cuando ordenaba: «¡Rumbo a estribor, pero mantengan la
proa a babor!», ¿qué diablos debía hacer el timonel?

También, a veces, solían confundir el bauprés y el timón,
cosa que, según hizo notar el capitán, ocurría
con frecuencias en climas tropicales cuando el barco
está, por así decirlo, «esnarkado».

Pero el problema principal estaba en la navegación,
y el capitán, perplejo y acongojado,
confesó que esperaba que, al menos, cuando el viento soplara
hacia el este, el barco no enfilara hacia el oeste.

Pero el peligro había pasado; por fin habían desembarcado
con sus baúles, maletas y sacos.

Sin embargo, la tripulación no quedó complacida con lo que
a primera vista descubrió: ¡despeñaderos y precipicios!

El capitán intuyó que estaban bajos de moral
y, con tono musical, les explicó algunos chistes
que reservaba para momentos de infortunio.

Pero la tripulación no dejó de lamentarse.

Sirvió a todos generosas copas de ponche
y les propuso sentarse en la playa.

Y todos convinieron en que su capitán tenía un porte
sublime, allí firme, aprestándose a soltar su discurso.

«¡Amigos, romanos y paisanos, prestadme vuestros oídos!»

(Todos eran muy aficionados a las citas;
así pues, brindaron a su salud y le dieron tres hurras.

Él, agradecido, les sirvió algo más de ponche.)

«¡Hemos navegado muchos meses, hemos navegado muchas
semanas (cuatro semanas cada mes, recordadlo),
pero hasta el momento (y os lo dice vuestro capitán)
ni hemos visto ni oído al snark!

»¡Hemos navegado muchas semanas, hemos navegado muchos
días (siete días cada semana, os lo aseguro),
pero hasta ahora ni un snark
sobre el que posar nuestra amorosa mirada!

»Venid y escuchad mientras os repito
las cinco señales inconfundibles
por las que reconoceréis con plena garantía,
donde quiera que estéis, el genuino snark.
»Digámoslas por orden. La primera es su sabor,
que es escaso y hueco, pero crujiente

como un abrigo que estuviese demasiado ajustado en la
cintura, con aroma a fuego fatuo.

»Tiene el hábito de levantarse tarde;

estaréis de acuerdo en que lo lleva demasiado lejos
cuando os diga que, a menudo, se desayuna para el té de las
cinco y que come al día siguiente.

»La tercera es su lentitud para entender un chiste.

Si te aventuras a explicarle uno,
suspirará como lo haría alguien profundamente desdichado,
y siempre se pone serio ante un juego de palabras.

»La cuarta es su afición a las máquinas de baño.

¡Siempre carga con una tras él!

Y está convencido de que añaden belleza al panorama;
una opinión discutible, a mi entender.

»La quinta es la ambición. Ahora convendrá

describir las diferentes especies,
distinguiendo los que tienen plumas y muerden
de aquellos otros que tienen bigotes y arañan.

»Pues aunque los snarks corrientes no hacen ningún daño,
creo que es mi obligación advertir que algunos son
buchams...» El capitán se interrumpió alarmado.

¡El panadero se había desmayado!

CANTO TERCERO

LA HISTORIA DEL PANADERO

Le despertaron con bizcochos; le animaron con hielo,
les despertaron con mostaza y con berros;
le animaron con mermeladas y con juiciosos consejos,

y le pusieron acertijos para que los adivinara.
Cuando por fin se incorporó y pudo soltar palabra,
ofreció explicarles su triste historia.
Y el capitán gritó: «¡Silencio! No quiero oír ni una mosca»,
y agitó su campana con gran excitación.
Se hizo un supremo silencio. Ni un chillido, ni un giro,
apenas algún que otro lamento o gemido se oyó...
mientras el hombre a quien llamaban «¡Eh!» explicó
su calamitosa historia con antediluviana entonación.
«Mi padre y mi madre eran pobres, pero honrados.»
«¡Ahórranos todo eso!», bramó impaciente el capitán.
«Si se nos hace de noche ya no habrá posibilidad de ver al
snark, No podemos perder ni un momento.»
«Me saltaré cuarenta años», dijo casi llorando el panadero,
«y seguiré adelante sin hacer más observaciones
hasta el día en que me enroló en su navío
para ayudarle en la caza del snark».
«Un tío mío muy querido (precisamente llevo su mismo
nombre) observó, cuando nos despedíamos...»
«¡Oh, sáltate también a tu querido tío!»,
exclamó furioso el capitán mientras tocaba la campana.
«Me hizo notar entonces», continuó diciendo aquel santo
varón: «Si un snark es un snark, está bien. Tráelo a casa
por todos los medios: puedes servirlo con ensalada
y también vale para encender el fuego.
»Puedes buscarlo con dedales y buscarlo también con
cuidado. Puedes perseguirlo con tenedores y esperanza.
Puedes amenazarlo con una acción de los ferrocarriles
y puedes cultivarlo con sonrisas y jabón.»
«¡Ese es exactamente el método!», aseguró el capitán

en un súbito paréntesis, «Así es exactamente como
siempre me han dicho que debería
intentarse la captura del snark.»

«Pero, ¡oh refulgente [refulgente+fulgurante] sobrino mío!, ¡guárdate bien
si tu snark es un búcham!, porque entonces
súbita y suavemente desaparecerás,
¡y no aparecerás nunca jamás!

»Esto es..., esto es lo que oprime mi alma
al recordar las últimas palabras de mi tío.
Mi corazón se asemeja a un cuenco
rebosante de cuajos palpitantes.»

»Esto es..., esto es...» «¡Ya nos lo has dicho antes!»,
dijo indignado el capitán.

Y el panadero contestó: «Déjeme decirlo otra vez.
Esto es..., esto es lo que me produce pavor.»

»Todas las noches entablo en sueños
una lucha delirante con el snark.
Y en esas fantasías lo sirvo con ensalada
y lo uso para encender fuego.

»Pero si alguna vez tropiezo con un búcham, ese día,
al momento (de eso estoy seguro),
súbita y suavemente desapareceré.
¡Y esa idea no la puedo soportar!»

CANTO CUARTO

LA CAZA

El capitán frunció el ceño y arqueó una ceja.
«¡Ya podías haber hablado antes!

¡Es excesivamente torpe mencionarlo ahora que,
por así decirlo, tenemos al snark al alcance de la mano!

»Nos entristeceríamos mucho, como puedes figurarte,
si nunca más se te volviera a encontrar.

Pero, sin duda, amigo, podrías haberlo mencionado
cuando empezó la expedición.

»Es excesivamente torpe mencionarlo ahora,
como creo haberte dicho ya.»

Y el hombre a quien llamaba ¡Eh! Replicó suspirando:

«Le informé el mismo día en que embarqué.

»Podéis acusarme de asesinato o de falta de buen sentido;
todos somos débiles en ocasiones.

Pero entre mis defectos

jamás estuvo dar falsas excusas.

»Lo dije en hebreo, luego en holandés,
después en alemán y en griego también;
pero olvidé completamente, y eso me mortifica,
¡que es inglés lo que habla usted!»

«Es una historia muy triste», dijo el capitán,
con una cara larguísima,

«pero ahora que has terminado de contar tu caso
sería simplemente absurdo alargar el debate.

»El resto de mi discurso —les explicó—,
lo oiréis cuando tenga tiempo para contároslo.

Pero el snark está cerca, permitidme que os lo repita,
¡y es vuestra gloriosa obligación encontrarlo!

»Buscadlo con dedos; buscadlo con cuidado;
acosadlo con tenedores y esperanza;
amenazadlo con una acción de los ferrocarriles;
cautivadlo con sonrisas y jabón.

»Ya que el snark es una criatura muy peculiar,
que no se deja atrapar de cualquier manera,
haced todo cuanto sepáis, e intentad todo cuanto no sepáis.
¡Hoy no debemos desperdiciar ninguna oportunidad!
»Pues Inglaterra espera... ¡Me abstengo de seguir!
Esta es una frase tremenda, pero trasnochada.
Así que lo mejor será que saquen de sus equipajes
cuanto necesiten y se pertrechen para la lucha.»

Entonces el banquero endosó un cheque en blanco y lo barró,
y cambió su calderilla en billetes.

El panadero peinó con esmero sus bigotes y su pelo,
y se sacudió el polvo de los siete abrigos.

El limpiabotas y el tasador afilaban el azadón,
turnándose en la rueda de afilar.

Sin embargo, el castor siguió haciendo encaje
y no demostró interés por el asunto,
a pesar de que el abogado intentó apelar a su orgullo,
y en vano le fue citando

varios casos que demostraban
que hacer encaje infringía la ley.

El que hacía sombreros, hecho una fiera, pensaba
cómo colocar lacitos de una manera nueva,
mientras que el empleado de los billares, con mano
temblorosa se pintaba con tiza la punta de la nariz.

El carnicero se pudo nervioso y se vistió, con mucha
elegancia, guantes de cabritilla y una gorguera bien rizada.

Dijo que se sentía como quien va a cenar fuera,
a lo que el capitán respondió que era una bobada.

«Presentádmelo», dijo,

«si por casualidad lo encontramos juntos.»

Y el capitán, asintiendo sagazmente con la cabeza,
dijo: «Eso depende del tiempo que haga.»
El castor simplemente siguió desfilando con aire triunfal
al ver al carnicero tan tímido;
e incluso el panadero, aunque era estúpido y gordo,
se esforzó en guiñar un ojo.
«¡Sé un hombre!», bramó iracundo el capitán
al ver que el carnicero comenzaba a gimotear.
«Si encontramos un chabchab, ese desesperante pájaro,
¡necesitaremos de todas nuestras fuerzas para la tarea!»

CANTO QUINTO

LA LECCIÓN DEL CASTOR

Lo buscaron con dedales, lo buscaron con cuidado.
Lo persiguieron con tenedores y con esperanza.
Lo amenazaron con una acción de los ferrocarriles.
Lo cautivaron con sonrisas y jabón.
Entonces al carnicero se le ocurrió un ingenioso plan
para hacer una incursión por su cuenta;
y eligió un lugar poco frecuentado por el hombre:
un lúgubre y desolado valle.
Pero al castor se le había ocurrido el mismísimo plan
y había escogido el mismísimo lugar.
Sin embargo, ninguno reveló, con gestos o con palabras,
el disgusto que reflejaban sus caras.
Ambos tenían una única idea: el snark
y la gloriosa tarea del día;
y cada uno intentó aparentar que no se daba cuenta

de que el otro iba por el mismo camino.
El valle comenzaba a estrecharse, y aún se estrechó más,
y el atardecer se hizo más frío y oscuro,
hasta que, debido a los nervios, no a su buena voluntad,
terminaron por avanzar hombro con hombro.
Entonces, un alarido profundo y penetrante desgarró el
estremecido cielo, y ellos supieron que algún peligro les
acechaba. El castor palideció hasta la punta de su cola,
y hasta el carnicero sintió una extraña desazón.
Pensó en su infancia, dejada atrás ya hacía mucho,
esa etapa inocente y feliz.
El sonido le recordó vivamente
el rechinar de un lápiz sobre la pizarra.
«Es la voz del chabchab», gritó de repente
el hombre a quien solían llamar zopenco.
Y añadió con orgullo: «Como os diría el capitán,
ya expresé mi opinión una vez.
»¡Es el canto del chabchab! Id contando, os lo suplico,
y veréis que os lo he dicho dos veces.
»¡Es la canción del chabchab! La prueba es total,
pues con ésta os lo he dicho tres veces.»
El castor había contado con escrupuloso cuidado,
escuchando cada palabra;
pero claramente se descorazonó y silbinchó [silbar+deshincharse]
desesperado al oír la tercera repetición.
A pesar de los esfuerzos que aplicó al empeño,
se dio cuenta de que había perdido la cuenta;
y ahora lo único que podía hacer era exprimir sus pocos sesos
y empezar a contar otra vez.
«Sumaré dos más uno, si es que sé hacerlo

con los dedos y los pulgares», se dijo,
recordando con lágrimas en los ojos cómo
años atrás había descuidado la aritmética.

«Eso puede hacerse», dijo el carnicero.

«Creo que ha de hacerse, estoy seguro.

¡Se hará!

Tráeme la mejor tinta y papel que encuentres.»

El castor trajo papel, carpeta, plumas
y tinta, para que no faltara de nada.

Y mientras calculaban, extrañas criatura reptantes
salían de sus madrigueras y les miraban con ojos de sorpresa.

El carnicero estaba tan absorto escribiendo, con una pluma
en cada mano, que ni reparó en ellas,
y se explicaba en un estilo tan sencillo
que el castor comprendía muy bien.

«Tomaremos el tres como objeto de nuestro razonamiento;
me parece un número muy conveniente.

Tras sumarle siete y diez,
lo multiplicaremos por mil menos ocho.

»Dividiremos, como verás, el producto
por novecientos noventa y dos.

Luego le restaremos diecisiete, y la respuesta
debe ser exacta y perfectamente verdadera.

»Te explicaría encantado el método empleado,
ahora que aún me acuerdo muy bien:
pero ni tengo tiempo, ni tú tienes cerebro.

¡Y habría tanto que explicar!

»En un momento he desvelado lo que
hasta ahora estaba envuelto en el misterio,
y por el mismo precio te daré

una lección de historia natural.»

Y siguió el carnicero con brillantez diciendo así,
sin tener en cuenta las normas de urbanidad,
pues olvidó que instruir sin haber sido presentados
causaría un escalofrío en sociedad:

«El chabchab es un pájaro de temperamento desesperante,
ya que vive en perpetua pasión.

Sus gustos en el vestir son un completo absurdo;
¡va siglos por delante de la moda!

»Pero reconoce a cualquier amigo a quien haya visto
anteriormente alguna vez. Nunca se dejaría sobornar.

Y en los tés de caridad siempre se pone en la puerta
a recoger los donativos, aunque no aporta nada de su bolsillo.

»Una vez guisado, su sabor es mucho más exquisito
que el del cordero, las ostras o los huevos;
algunos creen que se conserva mejor en un jarro
de marfil, y otros, que en barrilillos de caoba.

»Se cuece en serrín, se sazona en pegamento y
se espesa con saltamontes y cintas,
sin olvidar nunca lo principal,
que es preservar su forma simétrica.»

El carnicero hubiera seguido encantado hablando hasta
el día siguiente, pero creyó que la lección debía terminar.

Y lloró de alegría al intentar decir
que consideraba al castor su amigo.

El castor, a su vez, confesó, con una afectuosa mirada,
más elocuente que las lágrimas,
que había aprendido en diez minutos más que lo que todos
los libros le harían enseñado en setenta años.

Regresaron de la mano, y el capitán,

momentáneamente desarmado por la noble emoción,
dijo: «¡Esto compensa ampliamente los fatigosos
días pasados sobre el ondulado océano!»

Amigos como lo llegaron a ser el castor y el carnicero,
casi nunca se han conocido.

Y fuese invierno o verano,
jamás se veía a uno sin el otro.

Y cuando llegaban las riñas —pues siempre
hay enfados por mucho que se intente evitarlos—,
evocaban el canto del chabchab
y se juraban eterna amistad.

CANTO SEXTO

EL SUEÑO DEL ABOGADO

Lo buscaron con dedos, lo buscaron con cuidado.

Lo persiguieron con tenedores y con esperanza.

Lo amenazaron con una acción de los ferrocarriles.

Lo cautivaron con sonrisas y jabón.

Pero el abogado, harto de demostrar —sin que nadie le
hiciera caso— que el castor delinquía con sus labores de
encaje, se durmió. Y en sueños vio claramente la criatura
que en su fantasía hacía tanto tiempo que habitaba.

Soñó que estaba en un sombrío tribunal
donde el snark, con un monóculo, toga y peluca,
defendía a un pobre cerdo
acusado de abandonar su pocilga.

Los testigos demostraron, sin duda ni error,
que la pocilga estaba vacía;

mientras el juez, con tenue cantinela,
explicaba lo que la ley decía al respecto.

La acusación no llegó a formularse claramente.

Según parece, el snark había hablado
durante tres horas antes de que nadie pudiera imaginar
qué es lo que presuntamente había hecho el cerdo.

Cada uno de los miembros del jurado había llegado
a una conclusión diferente (mucho antes de que se leyera
la acusación); y rompieron a hablar todos a la vez. Al final,
ninguno de ellos supo qué habían dicho los demás.

«Deben saber...», decía el juez. «¡Bobadas!»,
exclamó el snark: «Esa ley es obsoleta.

Déjenme que les diga, amigos, que este asunto
depende de una antigua ley feudal.

»En cuanto a la traición, el cerdo aparece
implicado, pero apenas fue cómplice.

Y la acusación de insolvencia claramente no prospera.

Si ustedes aceptan mi defensa, no debe nada.

»El hecho de la deserción no lo discutiré;
pero confío en que no le tendrán por culpable,
en lo relativo a las costas del pleito,
pues se ha probado su coartada.

»El destino de mi pobre defendido depende de sus votos».

En este momento el orador se sentó en su sitio,
y pidió al juez que mirase sus notas
y resumiera brevemente el caso.

Pero el juez le confesó que nunca había resumido nada,
por lo que el snark comenzó a resumir;
y resumió tan bien que dijo mucho más
de lo que habían dicho los testigos.

A la hora del veredicto, el jurado se inhibió
por ser éste de difícil pronunciación;
pero expresaron su esperanza de que al snark no le
importase cumplir esa tarea también.

Así que el snark también dictó el veredicto,
a pesar de que tantas obligaciones le tenían exhausto.

Cuando pronunció la palabra ¡CULPABLE!,
todo el jurado gruñó y hasta hubo quien se desvaneció.

Luego el snark dictó sentencia, ya que el juez
estaba demasiado nervioso para pronunciar palabra.

Cuando se puso en pie se hizo un gran silencio;
¡se habría oído caer un alfiler!

«Destierro de por vida», fue la sentencia que dictó,
«y que después pague una multa de cuarenta libras».

Todo el jurado aplaudió, aunque el juez declaró
temer que la frase no fuese legalmente ortodoxa.

Pero su regocijo se apagó súbitamente
cuando el carcelero les comunicó, con lágrimas en los ojos,
que la sentencia no tendría el menor efecto
ya que el cerdo llevaba muerto varios años.

El juez abandonó la sala profundamente disgustado.

Pero el snark, aunque algo consternado,
continuó bramando hasta el final, como corresponde al
abogado a quien se ha encomendado la defensa.

Así soñaba el abogado, mientras el bramido
parecía hacerse cada vez más claro,
hasta que le despertó el furioso repique de una campana
que el capitán tocaba junto a su oreja.

CANTO SÉPTIMO

EL DESTINO DEL BANQUERO

Lo buscaron con dedales, lo buscaron con cuidado.

Lo persiguieron con tenedores y con esperaba.

Lo amenazaron con una acción de los ferrocarriles.

Lo cautivaron con sonrisas y jabón.

Y el banquero, infundido de un valor tan insólito
que fue motivo de general comentario,
avanzó locamente hacia adelante, hasta que lo perdieron de
vista en su afán por descubrir al snark.

Pero mientras buscaba con dedales y cuidado,
un veloz bandersnatch se acercó de repente
y agarró al banquero, quien chilló desesperado,
pues sabía que era inútil intentar escapar.

Le ofreció un gran descuento, le ofreció un cheque
—al portador— de siete libras y diez chelines.

Pero el bandersnatch simplemente alargó
el cuello y agarró nuevamente al banquero.

Sin pausa ni descanso forcejeó y pugnó,
dando saltos y brincos hasta caer al suelo sin sentido,
mientras las malhuriosas [malhumoradas+furiosas] mandíbulas
crujían salvajemente a su alrededor.

El bandersnatch huyó al aparecer los demás,
guiados por el grito de terror.

Y el capitán, tocando la campana con gesto solemne,
masculló: «¡lo que me temía!»

Tenía la cara negra y en nada recordaba
al que hasta entonces había sido.

Era tal su terror que hasta su chaleco había palidecido.

¡Algo digno de verse!
Para espanto de todos cuantos allí había aquel día,
se levantó vestido de etiqueta
y mediante absurdas muecas se esforzó por decir todo
cuanto su lengua no podía expresar.
Se hundió en un sillón y se mesó los cabellos,
mientras cantaba con tono misrívolo [miserable+frívolo]
palabras vacías que evidenciaban su locura,
y a la vez se acompañaba golpeando un par de huesos.
«¡Abandonadle a su suerte!; ¡se está haciendo tarde!»,
exclamó horrorizado el capitán.
«Ya hemos perdido medio día! ¡Si ahora nos descuidamos,
no atrapemos al snark antes de que anochezca!»

CANTO OCTAVO

LA DESAPARICIÓN

Lo buscaron con dedales, lo buscaron con cuidado.
Lo persiguieron con tenedores y con esperanza.
Lo amenazaron con una acción de los ferrocarriles.
Lo cautivaron con sonrisas y jabón.
No querían ni pensar que la caza pudiese fracasar,
y el castor, emocionado al fin,
daba saltos impulsándose con la punta de su cola,
viendo cómo la luz dejaba paso a la oscuridad.
«¡Oíd —dijo el capitán... cómo grita el como-se-llame!
¡Grita como un loco!, ¡escuchad!
¡Hace gestos con las manos y con la cabeza!
¡Eso es que ha encontrado un snark!»

Le miraban extasiados y el carnicero decía:
«¡Siempre fue un gran bromista!».

Y le contemplaban, su panadero, su héroe sin nombre,
encaramado en lo alto de un picacho cercano.
Así estuvo un momento erguido y sublime.
Pero de pronto vieron cómo caía al precipicio,
enloquecido y presa de convulsiones.
Aterrados y anhelantes esperaron...

«Es un snark», fue el grito que llegó a sus oídos,
y les pareció demasiado hermoso para ser verdad.
Después siguió un torrente de risas y de «¡hurras!»
Y después...: «¡Es un bu...!», le escucharon decir.
Luego, silencio. Algunos creyeron haber oído
un débil y errante suspiro;
algo así como «...cham». Pero los demás juraron
que había sido el silbido de la brisa.
Buscaron hasta que se hizo noche cerrada,
pero no encontraron ni pluma, ni rastro, ni botón,
que les indicase que estaban en el lugar
donde el panadero había hallado al snark.
A mitad de la palabra que intentaba decir,
en medio de la brisa y del gozo,
súbita y suavemente había desaparecido:
el snark era un búcham, como bien suponéis.

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es

